

MAR Y TIEMPO EN LA POESÍA DE ANA MARÍA FAGUNDO

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA

El mar siempre ha estado presente en la poesía toda de Ana María Fagundo. Tratándose de una escritora nacida en una de las islas de Canarias, en Tenerife, en Santa Cruz en concreto, no podía ser de otra forma. El mar y todo lo que la naturaleza en torno al mar ofrece comparecen una y otra vez en toda la lírica fagundiana convirtiéndose en un motivo reiterado que llega a ser obsesivo. En 1989, Enrique Ruiz-Fornells publicó un breve ensayo sobre este aspecto en la poesía de Fagundo y, en 1993, Rafael Fernández Hernández se refirió a la relación mar-isla en su obra con brevísima referencia a su poesía última. Interesa ahora volver a sentir la presencia del mar, especialmente en su libro *Retornos sobre la siempre ausencia*, de 1989, que cierra la *Obra poética* de la autora, reunida en 1990, por ser un poemario elegíaco, y dejar sentir la aguda espina del paso del tiempo en todos y cada uno de los poemas que lo componen. Tiempo y mar enfrentados, como dos grandes inmensidades, configuran resultados poéticos que no deben pasar inadvertidos a la hora de releer la obra de Ana María Fagundo. Posteriormente, en *El sol, la sombra, en el instante*, de 1994, el mar será también referencia recurrida aunque de menor relevancia si lo comparamos con el libro elegíaco por excelencia.

Los poetas que han sentido el mar de cerca, que lo han visto y lo han vivido saben de su fuerza y de su pasión por él. Hayan nacido junto al mar o lo hayan descubierto en distintas etapas de su vida. El mar es vida y el mar es destino y final de muchos poemas marinos, el mar es también constante ir y venir, fuerza imparable, y sobre todo el mar es vivencia de tiempos, añoranza, nostalgia... Y son muchos los poetas contemporáneos que dieron al mar un sentido vital... Unamuno¹, Rubén Darío², Machado³, Juan Ramón Jiménez⁴ y, con más personalidad, Salinas⁵, Guillén⁶, Alberti⁷, sobre todo Salinas, hasta llegar a Carmen Conde cuyo libro *Poemas de Mar Menor* es un hito en la literatura española contemporánea⁸.

Ana María Fagundo publica en 1981 un libro muy hermoso, lleno de

nostalgias, en las que el mar tendrá un protagonismo simbólico indiscutible. Será un libro además en el que el tiempo configurará el tono elegíaco general de la obra. El mar comparece en este libro de recuerdos y recuperaciones titulado *Retornos sobre la siempre ausencia*⁹, una obra singular que figurará como cierre, algunos meses más tarde, de la *Obra poética 1965-1990*, publicada en Madrid, en la última de esas dos fechas¹⁰, con prólogo de Candelas Newton, quien señala que en este último libro, “llega a la constatación de que el curso temporal somete el existir, que es amor y escritura, a un proceso donde la forma y presencia ontológica se marca de su ausencia sin que el brote nunca alcance a culminar. La búsqueda no llega a la cima, y lo que queda es el juego del deseo imponiendo la constante oscilación entre polos opuestos”¹¹.

Retornos sobre la siempre ausencia es poesía elegíaca que canta el tiempo transcurrido, cuyo contenido se añora. Se canta lo que se pierde, lo que ya ha pasado y no ha de volver. La frase de Séneca, con que se inicia el libro, “Nadie restituirá los años. Nadie te los devolverá”, constituye todo un manifiesto o programa de lo que en el libro va a hallar el lector. Retorno como vuelta, pero también retorno como recuperación de un tiempo pasado y recuperación de la ausencia permanente, contenido tal sentido en el título del poemario, al conceder al adverbio *siempre* una nueva condición adjetival calificadora del sustantivo ausencia.

Las tres partes de que se compone el libro se abren con poemas programáticos, con reflexiones sobre la palabra poética y, en efecto, la primera de estas tres divisiones, titulada muy expresivamente “Dagerrotipos de la memoria”, se inicia con un poema no menos significativamente titulado “Oración de la palabra”, en el que se unen el elogio de la palabra y la plegaria por su deseada posesión. Como todo libro de poesía organizado como tal –y este de Ana María Fagundo muestra con claridad su organización interna precisamente compensada y ejecutada–, comienza el poemario con un texto, como señalábamos, programático o de poética, en el que se canta a la palabra como signo de la creación poética y como portadora de los múltiples significados que va a contener el libro. Y ya en este poema inicial está presente el símbolo del mar, consagrado en la definición de la propia palabra poética, “como un agua de mar azul transparente”.

El mar comparece desde ese momento en este último poemario de

Fagundo con todos los elementos que en torno a él serán habituales en las evocaciones de la escritora. De manera, que junto al mar serán sus propios elementos constitutivos, como las espumas, las olas, las arenas o los acantilados, los reflejos de su cromatismo, o su valor simbólico como constante regreso o eterno retorno. El mar es un vaivén, como los recuerdos que nos traen otros tiempos o nos detienen el tiempo. El mar además se presenta ya como un mar concreto, puesto en relación frecuentemente con la lava, también mar, aunque un mar distinto, mar de lava generador de un paisaje volcánico peculiar, concreto, en la biografía de la escritora, el mar de las Canarias. Y finalmente, el mar será también definitorio de un símbolo de aún mayor concreción en este poemario de Fagundo. El mar será el creador y el definidor de la isla. Y la isla, como ya detectó Candelas Newton en sus palabras introductorias a la obra poética de Fagundo, es definitoria en esta poesía reciente de nuestra escritora: “La hablante –escribe Newton– desea que al morir la dejen “sola en mis islas, sola en mi sola isla dentro”. El centro de su ser se identifica con la soledad de la isla, enhiesta en medio de la aniquilación ontológica que supone el movimiento del mar. Allí enclavada, ella quiere seguir cantando “siglos de tiempo a los tiempos”, pues su voz, aunque sea polvo, no muere”¹². La palabra así será puesta en relación con el mar, y el mar será como la palabra:

La palabra marcando el paso
y el trayecto
como un agua de mar
azul transparente,
como reflujo de ola,
vaivén deviniendo,
copiando ilusoria al cielo,
ascendiendo en nube,
descendiendo en lluvia sobre la tierra.

El mar es la expresión del retorno al pasado. El mar se vincula a la vida de la infancia y de la juventud, y el mar se convierte así en símbolo de un tiempo transcurrido, que queda fijado en la memoria, en los recuerdos, a la imagen de un paisaje natal, que es vivencia recuperada y que es, como reza el título del libro, *retorno* de algo que ahora

está ausente. Un poema muy significativo en este sentido es “Retrato de infancia”, en el que desde los primeros versos se canta un regreso:

Y vuelvo sobre el mar,
sobre la lava,
sobre las ilusionadas calles de mi infancia,
sobre los charcos de agua entre las rocas,
las barcas de latón,
la aguda nostalgia.

Y en tal retorno, el mar aparece como símbolo, junto a la lava, de esa infancia ya transcurrida y ahora evocada. El mar es la inocencia y también la libertad, la ausencia de límites, la posibilidad de ser feliz en un mundo ya lejano. La identificación de la niña con la naturaleza isleña, con su cielo y con su vegetación, es síntoma de irrenunciable libertad:

Y yo,
allí,
era el canto de las olas,
el retozo alborozado de la infancia
que reía sus pocos años en la brisa
ajena al vaivén del tiempo entre las rocas,
ajena al grito-cuchillo de los acantilados,
ajena a la erosión de la aguas.

Es la infancia como paraíso perdido, como reserva de la naturaleza que se trae al recuerdo con toda su virginal e inocente fuerza. La limpidez del mar, su potencia, su vitalidad se corresponden con la intensidad de la evocación de un tiempo perdido.

Un último poema de la primera parte del libro, titulado “Amanecerá” nos trae otra imagen del mar. En esta primera parte de la obra, las imágenes del mar siempre tendrán un sentido de oblicua significación. El mar no es evocación directa, sino referencia simbólica de un ente evocado, de un recuerdo, del sentido de una determinada evocación. En la segunda parte del libro, sin embargo, el mar será evocación directa de un entorno o un paisaje recordado. Pero en “Amanecer” el mar adquiere un sentido de liberación frente a

las fuerzas oscuras, un símbolo nuevamente de libertad, que, con la luz del amanecer, se muestra capaz de acabar con la oscuridad de la noche:

Contra la roca
bate el mar su risa pura
en este aquí de ahora,
en este aquí irremediable isla.
Y el sol amaneciente
y el mar
interrumpen la ceniza de la noche
con su albor de anaranjada alegría.

La presencia de la luz, el sol, la gaviota que vuela en el amanecer en libertad, confirman en este cuadro marinero de Fagundo su lección de permanencia. Como el mar que batiendo las rocas vuelve una y otra vez, como el amanecer que trae una y otra vez la luz, cada día, sobre la isla, como el tiempo representado en el “repetido verano” vuelve constantemente sobre el mundo así se renueva la permanencia de los recuerdos: “Nada se ha perdido”, se afirma en un verso lapidario. Sobre la oscuridad ha triunfado una vez más la luz, y, como el mar incansable, batiendo constantemente la roca, los recuerdos vuelven y renuevan la vida en su eterno retorno.

Se produce entonces el ansiado reencuentro, hallazgo nuevo del paisaje añorado, del mar ansiado, de la isla evocada en la distancia y en la ausencia. Y en el reencuentro se ha vuelto a rehacer la vida. Los sentidos han devuelto la verdad de unas percepciones. Y con reflexión sensorial definitiva, se ha insistido en que, por encima de todo, la isla de los recuerdos está intacta. La esperanza de nuestra autora radica en la virtud de volver a ser de la naturaleza, y el amanecer se afirma una vez más: “en una bruma acariciante y húmeda, / en una gaviota relumbrante, / en una reencontrada, / única e infinita isla”. Como ha señalado Rafael Fernández Hernández, en estos versos “ya el mar y la isla constituyen elementos fundidos en una misma realidad geográfica y existencial”¹³.

Como hemos adelantado, en la segunda parte del libro, “Dimensiones de lo mutable”, el mar adquiere un protagonismo total. El mar como formante de un paisaje natal, añorado en la distancia,

disfrutado en la presencia, degustado con su sinfín de matices. Vuelve el amanecer a ser el espacio ideal de la evocación como ocurre en “Las rocas tiernas”, en el que Ana María se siente ante un contacto real y físico con el agua, convencida de la permanencia (“Sigo, como siempre, anclada, / caminando del azul al azul / –del amor al amor– / por islas de suaves rocas florecidas”).

El mar constituye la obertura de un poema fundamental en el libro, como lo es “Desde el balcón”, dedicado a su ciudad natal, a Santa Cruz de Tenerife. La ciudad, vista desde un balcón, deja en primer lugar ver el mar. Y el mar entonces se convierte, una vez más, en símbolo de permanencia sobre el tiempo, con su lección de eternidad, que a la poetisa subyuga y atrae. Tiempo y mar se combinan en un mismo sentido de permanencia: “Otro balcón se asoma ahora sobre el tiempo / pero es el mismo mar de entonces, su dilatada llanura azul, / su rizado cuerpo...”

Cuando la evocación de la ciudad, del paisaje amado, se hace protagonista del poema, como ocurre en “Las doradas esquinas”, el mar vuelve a ser comienzo de la evocación y su lección ahora es de libertad: “El mar zumbaba su azul algarabía / por los pulsos restallantes de las horas / y las arenas negras se enardecían de fogosas espumas...”

Y, por último, en esta segunda parte, el mar es recordado como referencia ausente. Aun cuando no hay mar, Fagundo lo evoca en su ausencia, en su inexistencia. Hay en esta segunda división del libro un poema muy hermoso, titulado “El olivo”. Es un poema de tierra adentro. Diversas comparecencias vegetales lo enriquecen y adornan, como suele ser habitual en la poesía de Fagundo en este tiempo y en esta obra. Estamos en la tierra del girasol, la amapola, la espiga: “todo es llanura de sólida tierra”. Es la tierra del olivo, y el olivo es símbolo, como no podía ser menos en este libro de su milenaria condición de superador del tiempo. Un olivo solitario en tierra llana lejos del mar, al que se añora, e intensifica en su recuerdo en versos como éstos:

El trayecto ahora no es el mar
enlazando la cintura de la isla
ni la bóveda azul coronando su cima.
En esta tierra blanda y dura
imperla el canto digno del olmo,

la mansedumbre del río,
 el polvo resignado de la aliaga
 y del olivo.

Con la sección titulada “Instantáneas de lo vivo”, se cierra el libro *Retornos sobre la siempre ausencia* y en sus poemas volvemos a encontrar el mar vinculado al tiempo pasado, vinculado a vivencias ahora recordadas en ausencia, evocadas en sensaciones placenteras: “Mi camino de mar azul, de cielo azul, / de azul horizonte en lejanía. / Era tibia la espuma / que la brisa salpicaba contra mi piel”, se dice en el poema inicial de esta tercera parte “Otra palabra”, una de esas composiciones en las que nuestra autora establece una poética y configura en la palabra el sentido de su expresión lírica:

Aquel era el estreno glorioso
 de la palabra.
 La palabra.
 El único cielo, mar, roca, isla
 de mi ansia de entonces,
 de mi calor de ahora,
 de mi postrera sed.

La palabra es la protagonista máxima del poema “Conjuración de la palabra” en el que el simbolismo del mar vuelve a hacerse presente con sana insistencia: “Conjura a la palabra para que sea / tierra, / arcilla que modele tu ansia; / que sea mar, / que sea ola; ondulante arena redentora.”

En *El sol, la sombra, en el instante*¹⁴, el libro publicado por Fagundo inmediatamente después, el mar ha disminuido su presencia. No es un libro que contenga una especializada elegía el tiempo y de los tiempos, aunque sí hay que decir que en él lo elegíaco adquiere un carácter más personal. Lo que se ha perdido ahora entra dentro del ámbito de la intimidad familiar y la añoranza ahora se ciñe al recuerdo de la madre. El mar y el tiempo no tienen entonces la relevancia que han tenido en el poemario inmediatamente anterior. Pero aún así hay poemas magistrales en los que el mar vuelve a ser sentimiento de paisaje y entusiasmo por su contemplación, como ocurre en el poema “La pasión del mar”, en el que un lenguaje

muy rico y expresivo sirve para la sublimación recreada de una naturaleza vitalista:

El mar con su cabellera de blanco enloquecido
rompe rotundo contra las rocas
su ímpetu varonil de enamorado.

La lava lo recibe en todos sus recodos
con entrega absoluta
y el mar se crece penetrando la prieta
piel de la piedra.

Los dos cantan
una canción de espumosos blancos
y ceñidos negros,
una canción de pasión:
tierra y mar
 en apretado abrazo de siglos
 sin tiempo que los destruya
como el sueño de Dios sobre el mundo.

Naturalmente, vuelven a comparecer motivos expresados en otros poemas marinos ya recordados, entre ellos la reflexión supratemporal de los elementos de la naturaleza evocados como síntoma de eternidad. Y la referencia concreta del origen de las rocas golpeadas por el mar, representación de la tierra como tierra volcánica formada por la lava, que revela los orígenes canarios de la bella evocación de este poema en el que se canta el triunfo de la naturaleza sobre el tiempo.

Son los poemas de este libro extensos en demasía, y por ello sobresale una excepción, poema también trascendente en el que el mar es más que un símbolo, por su condición brevísima, pero que nos sirve para cerrar estas reflexiones sobre la lírica de Fagundo como una coda a modo de conclusión. Su título, "Ser":

En la raíz, el mar.
En la cumbre, el cielo.
En medio, la Isla
toda desvelo.

Poema esencialmente ontológico que define bien el espíritu de sus constantes reflexiones y acercamientos al mar, con el que la escritora se siente sustancialmente unida. Mar, cielo, isla son elementos frecuentes en su poesía y vertebradores de su pensamiento poético, portadores de simbolismo y de experiencia biográfica que revalida una y otra vez la intensidad de una poesía cada vez más depurada, cada vez más personal, cada vez más desnuda, como se evidencia en esta última etapa, que hemos intentado, parcialmente, glosar.

NOTAS

1. José Miguel de Azaola, *El mar en Unamuno* (Bilbao: Caja de Ahorros Municipal de Bilbao, 1987).
2. Francisco Sánchez Castañer, *Rubén Darío y el mar* (Alicante: Cátedra Mediterráneo, 1969).
3. J. Ángeles, "El mar en la poesía de Antonio Machado", *Hispanic Review* (XXXIV, 1966) 27-48. E. Gener, *El mar en la poesía de Antonio Machado* (Madrid, Editora Nacional, 1966).
4. Gilbert Azam, "Diálogo del poeta y el mar", *La obra de Juan Ramón Jiménez* (Madrid, Editora Nacional, 1983) pp. 305-322.
5. Soledad Salinas de Marichal, edición de *Todo más claro. El Contemplado* de Pedro Salinas (Madrid, Alianza, 1993), pp. 11-12. Y Francisco Javier Díez de Revenga, edición de *El Contemplado. Todo más claro y otros poemas* (Madrid, Castalia, 1996). También Francisco Javier Díez de Revenga, edición de *Poemas escogidos* de Pedro Salinas (Madrid, Espasa Calpe, 1991), p. 21.
6. Jorge Guillén, *Antología del mar*, edición de A. Romero Márquez (Málaga, Librería Agora, 1981).
7. Rafael Alberti, *Del mar de Cádiz*, edición de José Luis Tejada (Cádiz, Diputación, 1981). Rafael Alberti, *Todo el mar*, edición de Pere Gimferrer (Madrid, Círculo de Lectores, 1985). Rafael Alberti, *Sólo la mar*, edición de María Asunción Mateo (Madrid, Espasa Calpe, 1994). Concha Zardoya, "El mar en la poesía de Rafael Alberti", *Poesía española contemporánea* (Madrid, Gredos, 1973).
8. Carmen Conde, *Los poemas de Mar Menor* (Murcia, Cátedra Saavedra Fajardo, Universidad de Murcia, 1962). Francisco Javier Díez de Revenga, "Carmen Conde y el mar", *Páginas de literatura murciana contemporánea* (Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1997).
9. Ana María Fagundo, *Retornos sobre la siempre ausencia* (Riverside, Alaluz, 1989).
10. Ana María Fagundo, *Obra poética 1965-1990*, Introducción de Candelas Newton (Madrid, Endymión, 1990).
11. Candelas Newton, introducción, p. 58.
12. Candelas Newton, introducción, p. 58.
13. Rafael Fernández Hernández, "Isla y mar: dos notas de una cartografía poética. Construcción y recurrencia en Ana María Fagundo", en *Ana María Fagundo: texto y contexto de su poesía*, edición de Antonio Martínez Herrarte, p. 154-155.
14. Ana María Fagundo, *El sol, la sombra, en el instante* (Madrid, Verbum, 1994).